LA GRAN REVOLUCIÓN, 1789-1793

POR

PEDRO KROPOTKINE

IMPRESIÓN DEL TRADUCTOR

(Para dar al 14 de julio, aniversario de la Toma de la Bastilla, su verdadero carácter revolucionario, publicamos el siguiente escrito. El libro de Kropotkine, a cuya traducción se refiere, expresión de la verdad histórica, que se hallaba secuestrada por historiadores burgueses, se editará por la casa Publicaciones de la Escuela Moderna).

Por la concordancia en un momento histórico de dos grandes corrientes, la de las ideas y la de la acción, que, contenidas por el privilegio, existen generalmente en la sociedad y que existían particularmente en Francia, se hizo la Revolución.

Por la discordancia posterior de esas dos corrientes, se desvió primero y se interrumpió después la obra revolucionaria, y la evolución volvió a ser la norma de ese movimiento esencialmente de avance positivo y racional hacia la justificación de la sociedad.

Evolución y Revolución, abstracciones sin valor por sí mismas, son términos convencionales de que nos servimos para expresar la relación que guardan entre sí ciertos hechos que representan la rectificación de errores y de prácticas defectuosas, causada por la experiencia.

Cuando esos errores y esas prácticas se van manifestando sin corregirlos, a la rez que al amparo de ideas erróneas y antiguas se han creado y se van creando instituciones y grandes intereses refractarios a todo progreso, se evoluciona. Cuando nuevas ideas han evidenciado lo erróneo y lo injusto de lo antiguo, surge, en el momento a propósito, el acto revolucionario, como corriente largo tiempo contenida por un obstáculo, que ha ido ganando en altura lo que perdía en prolongación; hasta que por su fuerza misma de su masa rompe el obstáculo, se desborda, se extiende impetuosa y desordenadamente hasta que por fin se fragua un cauce ordenado y natural.

No es, pues, la Revolución francesa un hecho aislado que comienza en el juramento solemne del Juego de Pelota y acaba en el 9 termidor; es la iniciación del proceso no interrumpido de los deshaciendo contra los privilegiados del mundo entero, y representa la protesta del paria envilecido por la supremacía de las castas, el sueño del esclavo que ansía librarse de la ergástula, la desesperación del villano que ha de tomar compañera manchada por el señor, la ira del proletario que se vé despojado por el burgués del producto de su trabajo, la indignación del pensador que vé ofusca a la verdad por el error y la mentira declarada dogma sagrado. Por eso la Revolución es tan antigua como la injusticia, evolucionando, viviendo en estado latente cuando por el aislamiento y corto número de revolucionarios no puede manifestarse, y desbordándose como torrente cuando el número de partidarios de la vida social empujan a la decadencia a los tiranos y se elevan potentes por el pensamiento y por el sentimiento los tiranizados.

Sí; la Revolución vive siempre, y lo que vulgarmente se llaman revoluciones son episodios, exteriorizaciones de la protesta y de la fuerza revolucionarias; y casi es más fuerte cuando, ostensiblemente dominada por la Reacción, se despoja de los errores partidistas y sectarios, de las miserias de los caudillos, de las ambiciones de los necios que quieran sujetarla a mezquinos utilitarismos, y, en el secreto de la catacumba o de la logia, la sociedad secreta acentúa la crítica negativa, formula más claramente el ideal y determina enérgicamente la voluntad a la acción.

⁂

Algunos años antes de que los Estados Generales se transformaran en Asamblea Nacional, el pueblo persiguía mortalmente a los agiotistas y monopolizadores de los artículos de primera necesidad en las ciudades, mientras en los campos incendiaba los archivos y colgaba de la horca señores de horca y cuchillo.

Bien puede decirse que si el estado llano escribió la Enciclopedia, la clase urbana y rural aceptaba las nuevas doctrinas, deducía legítimas consecuencias, arrollaba obstáculos y se dirigía resueltamente al fin por el camino más corto.

Así, hubo concordancia pre-revolucionaria entre los esencialmente discordes, porque estado llano y plebe coincidieron en determinada proporción en la negativa al privilegio;—y hubo luego discordancia post-revolucionaria, porque, siendo de muy diferente alcance la negativa de cada una de las clases, en tanto que los unos llegaron al término de su deseo y quisieron detener en él la Revolución, los otros veían muy lejos aún la realización de su ideal. Quisieron los unos cambiar de sujeto el privilegio en beneficio propio, y emplearlo, para lograrlo su saber y el poder sugestivo de su elocuencia en desvincular la riqueza social, hasta entonces monopolizada por el monarca, el clero y la nobleza;—mientras que los otros se aferraban a la igualdad social y aspiraban vagamente a su participación igualitaria en el patrimonio universal.

⁂

Y la discordancia no tardó en manifestarse: el 14 de julio, mientras el pueblo de París se dirigía en masa a la Bastilla para aniquilarla, la burguesía, y en su representación una especie de junta revolucionaria que funcionaba en el Hotel de Ville, conspiraba traidoramente en defensa de la tétrica cárcel-fortaleza y en contra del pueblo. Posteriormente se ha sabido que Flesselles, su presidente, expresaba de los mercaderes de París, estaba en relación con los jefes militares que, de acuerdo con el rey y la aristocracia, preparaban la contrarrevolución, y mandó de un tiro que se supone le tiró uno de sus colegas para que no revelara sus secretos.

El desacuerdo continuó, latente u ostensible, según el alza y baja de los sucesos, durante el período revolucionario; con la agravante de que contras el pueblo, siempre sincero, generoso y con sublime elevación de miras, llegaba al colmo de la energía revolucionaria en días solemnes, y, hambriento, descalzo, casi desarrapado, pero entusiasta, derramaba su sangre en las fronteras rechazando la coalición europea, los girondinos, sus aliados declarados, fingían adhesión al pueblo para hipocrita colaborar, con la idea de escapar de un peligro inmediato para resarcirse después en tiempo oportuno. Y ocurrió al fin que los montañeses, que alardearon del mayor radicalismo, tras largas luchas con los girondinos en defensa del pueblo, cuando por la expulsión y muerte de los ventidós girondinos influyentes dominaban a sus anchas en la Cámara, y las masas iracundas populares comunistas exigieron que se legislara sobre la propiedad, la Convención aprobó por unanimidad, excepto el voto de Marat, este decreto en 18 de Marzo de 1793: *«Pena de muerte contra quien proponga una ley agraria o cualquiera otra subversiva de las propiedades territoriales, comunales e individuales.»*

De esa manera, los representantes del pueblo, fieles a su origen, mejor dicho, atávicos más que hombres libres e ilustrados, hicieron traición a sus representados, y con ese abominable y reaccionario decreto mataron la Revolución antes que los terminranos y de una manera más torpe y brutal que la que empleó Bonaparte el 18 brumario, porque obraron como si dijeran: —¡Pueblo, obedece, trabaja, sufre privaciones, muere por la patria y no alteres los privilegios adquiridos, los intereses creados, o muere ignominiosamente si aspiras a disfrutar de tus derechos naturales y sociales!

⁂

La usurpación propietaria venía dominando al mundo; por ella fué necesario abrir violentamente paso a la Revolución, mejor dicho, al Progreso; pero la brecha revolucionaria fué insuficiente, no se llegó a la expropiación de los usurpadores, y la Constitución del 91 lo mismo que la del 93 dejaron subsistente la *propiedad romana*.

Resultando que todas las fuerzas humanas que como protesta tradicional y solidaridad contemporánea cooperaron a trastornar el orden político y social de Francia y del mundo, dado el carácter cosmopolita de la Revolución, fueron tan vivas impotentes para rechazar, apartar, destruir el obstáculo opuesto al libre desenvolvimiento de la humanidad por los decenviros romanos en la ley de las Doce Tablas hace ya más de dos mil trescientos años.

Y no es que el obstáculo fuera desconocido; bien claro lo expresó Condorcet: *«La igualdad de derechos políticos, sin la igualdad de hecho es inútil.* La desigualdad de las riquezas, la desigualdad de estado y la desigualdad de instrucción son la causa principal de todos los males». Y, no obstante, la Revolución, que escribió al frente de su primera constitución: todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, y declaró que el objeto de toda sociedad política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre, dividió a los hombres en ciudadanos activos y pasivos y sejó sub-istente la división de pobres y ricos, de propietarios y no propietarios, consiguiente a la división romana de *hombres-persona* y *hombres-cosa*, pudiendo decirse que el resultado tangible de la Revolución fué reducir todas las clases privilegiadas a una especie de patricidado burgués, y todas las desheredadas, esclavos, siervos y plebeyos en el proletariado jornalero de nuestros días.

Y si en la grande, rica y dominadora Roma había esclavos sumidos en la mayor abyección para el trabajo, para el circo y hasta para engordar en los lagos las murenas que se servían en las mesas de los potentados, así también tras muchos siglos de cristianismo, de filosofía, de ciencia, de evolución progresiva y de una revolución usurpada por la burguesía, hay en nuestra civilización moderna jornaleros no menos miserables, que trabajan y que mueren de fatiga, cuando no de hambre en un rincón de la ciudad de tomar radicales medidas para impedir que la casta de curiales y abogados creada para que con su talento y conocimiento en la llamada ciencia del derecho, esclareciera el de todos, siguiera embrollando y enzarzando en eternas querellas a sus contemporáneos, para mejor satisfacer sus ansias de rapiña y de expoliación de los bienes ajenos, y no está muy lejana la época, en que se verán obligados a tomarlas los obreros de todos los países para impedir que los civilizadores de nuestros tiempos sigan hundiendo en un abismo de salvajeembrutecimiento a los sin pan ni hogar, para tiranizarlos y explotarlos eternamente.

Estos señores civilizadores ya están haciéndose demasiado pesados.

JOSÉ NEGRE

amigo o al hermano, porque el estremecimiento denota cobardía, y cuando se trata de la patria hay que ser valientes, ¡muy valientes!...

He ahí, sin duda, el armazón de la obra. Por poco que ahondemos en ella con la palanca de la crítica, se aparecerá a nuestra vista la razón diciéndonos: Como patriótica es sumamente repulsiva y como artística, huera y ridícula. Figurémonos en primer lugar, una comedia que pretendiera ensalzar el crimen del capitán Sánchez y, en segundo, valerse del arte para que la comedia fuese aceptada.

Tengamos en cuenta las víctimas de éste y trasladémonos mentalmente a un campo de batalla, para compenetrarnos en el trabajo del artista.

¿Que derroche de belleza!

Mas ¿qué importa que con la capa del arte se cubra una comedia estúpida y malvada?

El dinero de los poderosos pagará al artista su obra, le abrirá las puertas de la Academia, levantará para su gloria un monumento que lo presente a la posteridad como un genio y será enterrado, cuando muera, en el panteón de hombres ilustres. La inflexibilidad humana pronunciará su nombre a cada paso y lo motejará como un artista excelso, asombroso, genial... cuando su obra fué criminal, puesto que empujó a sus compañeros a la matanza fratricida.

¡El arte! ¡La guerra! Parece inverosímil que esas dos palabras se unan, se consorcien, como un aperitivo estimulante que viviese a despertar dormidas pasiones.

Invocar el arte, valerse de él para empujar a las masas a que guerreen por satisfacer el orgullo, vanidad o egoísmo de una clase, en perjuicio de la Humanidad, es sencillamente despreciable, monstruoso, criminal.

Hoy, cuando León Tolstoy es leído en todas partes; cuando en todos los teatros del mundo se representan las tragedias de Shakespeare; cuando el inmortal Quijote está traducido a todas las lenguas; cuando todos los grandes artistas se nombran por doquier, como personas familiares; cuando Goethe ve su *Fausto* a través de las fronteras y exclama: «No hay arte nacional ni ciencia nacional; el arte y la ciencia, como toda cosa excelente, pertenece al mundo entero»; cuando se le lelo, en fin, lo que han producido los verdaderos artistas, produce risa, si no fuera asco, que algunos artistas cursis pretendan que aparezca la guerra rodeada de una aureola de belleza.

Esa idea resultaría muy bella en los tiempos medioevales y bárbaros: hoy, en pleno siglo XX, resulta muy baja muy antiestética y muy vergonzosa.

ANTONIO GARCIA BIRLAN

Asquerosa.

⁂

La Gran Revolución indicó el camino al proletariado, y al presentarla tal como fué, despojada de las falsas interpretaciones de los historiadores burgueses y de las galas oratorias con que la presenta la rutina oficial y patriótica cada 14 de julio, Kropotkine ha hecho obra meritoria: su libro *La Gran Revolución* es a la política en general lo que a la economía política es *La Conquista del Pan*.

La burguesía desvió la Revolución, pero al desviarla, al buscar en ella el medio de monopolizar la riqueza social y lograrlo hasta ser la clase social que domina en todo el mundo, puesto que ha aburguesado todas las otras clases inferiores, ha dejado la misión de progresar, de dar carácter científico y racional a la sociedad, al proletariado, a la clase social que a nadie explota, que a nadie oprime y la que al emanciparse no puede dejar tras sí otra clase víctima; la que como garantía de que cumplirá debidamente su misión declaró en el programa de La Internacional «que los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes»

Y el proletariado cumple la misión que por su situación en la humanidad le incumbe, y si ha habido una fuerza que del paria, del ilota, del esclavo y del siervo ha hecho un ciudadano, ese que jornalero, La Internacional, el Sindicalismo le convertirá en capitalista y productor en una sola pieza.

Y termino asegurando que toda revolución futura que no ponga fin a los Estados con sus leyes, sus gobiernos y sus ejércitos no será la buena final.

La Anarquía es la paz.

ANSELMO LORENZO

PENSANDO

Y pensaba en la vida, en la realidad triste, en el lúgubre susurro, que amenguaba brios, que encarcela ideas y que siembra odios.

Y pensaba, desplegando alas al viento y fija la mirada inicierta, en los seres que me rodean; en los campos que cruzo y en el dolor malestar que existe en las tierras lejanas.

Responsabilidad grande, seguía pensando, existe; responsabilidad moral, responsabilidad en alto grado criminal, que abraza las anchas vías de la decepción humana.

Y me sobre que pensar, pensaba en los infinitos seres que tras ruin y miserable vida, abonando surcos y sembrando granos, recopilan sobre sí los refulgentes destellos de la iniquidad que la imbécil práctica de inciertos dueroteros, teje sobre sus sienes como imperial corona.

¡Pobres seres! Cegada su inteligencia, cerrados sus oídos al despertar radiante de la amaneciente aurora, gimen esclavos, bajo el dogal tirano, de la maldita serpiente, que conveniencias arrastra y deberes impone

Y cuando mi corazón buscaba, los anchos horizontes, de la fraternidad reinara y mis ojos miraban las blanquecinas nubes donde el amor se posa, las tétricas palabras del desenfrenado Calleniis, resonaron en mis oídos como reto agonizante a la sociedad madrastra: «Es tan bello contemplar la agonía de un hombre.»

ADOLFO MARTIN

La Baneza.

La civilización... burguesa

El tiempo es oro, dicen que dicen los ingleses, aunque para los obreros, gracias a sus explotadores, solamente es miseria.

Asimismo puede decirse de la civilización que priva en nuestros días: para los desposeídos, sólo es barbarie, para los privilegiados un negocio.

En nombre de la civilización una banda de respetables señores deciden apoderarse de no importa que terrenos, como antes otras cuadrillas habíanse apoderado de Argelia, Tonkin, Madagascar, El Congo, etc., etc. y ya está la patria dueña.

La civilización ha sembrado el dolor y la miseria por los países modernamente civilizados y los civiliza lores han hecho el más bonito negocio arramblando con todo lo aprovechable de lo que han encontrado en los países sometidos a su civilización.

La sangre derramada a torrentes, la miseria hija del saqueo y la desolación, el odio reconcentrado en los corazones de los millares de víctimas de la civilización burguesa despertará con el tiempo la *barbarie* de los civilizados a cañonazos, y con salvaje energía destrumbarán la civilización actual, patrimonio de una pequeña minoría de rapaces aventureros, cínicos explotadores de la propiedad común y del producto del trabajo de millares de seres que vegetan en la mayor miseria por falta de medios para su existencia.

Hubo una época en que hubo necesidad de tomar radicales medidas para impedir que la casta de curiales y abogados creada para que con su talento y conocimiento en la llamada ciencia del derecho, esclareciera el de todos, siguiera embrollando y enzarzando en eternas querellas a sus contemporáneos, para mejor satisfacer sus ansias de rapiña y de expoliación de los bienes ajenos, y no está muy lejana la época, en que se verán obligados a tomarlas los obreros de todos los países para impedir que los civilizadores de nuestros tiempos sigan hundiendo en un abismo de salvaje embrutecimiento a los sin pan ni hogar, para tiranizarlos y explotarlos eternamente.

Estos señores civilizadores ya están haciéndose demasiado pesados.

JOSÉ NEGRE

CUENTO INFANTIL

CORAZÓN E INTELIGENCIA

He aquí dos hermanos: Pablo y Claudina, a quienes su madre envía a la bodega a buscar vino Pablo no ha estado nunca en la bodega y un miedo horrible le hace temblar, porque sabe que en ella hay cepos para las ratas, que se puede caer fácilmente y que una humedad nauseabunda destilan sus muros.

Las tinieblas reinan y un corredor en zig zag hay que atravesar antes de llegar al depósito. Pero recobra pronto la tranquilidad pensando que Claudina conoce bien el sitio y que la pequeña lámpara que lleva les guiará seguramente. Y después de todo, el placer vale bien el riesgo. Beberán el dulce néctar añejo que les resarcirá de toda la intranquilidad sufrida hasta lograrlo.

Comienzan a descender la escalera y en el último tramo la luz se apaga a causa de una ráfaga de viento. Pablo, asustado de la obscuridad y de que su hermana le ha soltado la mano, no puede articular palabra, se pierde y cae en un desnivel. Claudina no lo oye y se ocupa frívamente en buscar las cerillas y una vez encontradas, enciende de nuevo la lámpara y no se preocupa de Pablo creyéndole ya en el depósito. Se dirige al escondrijo de las botellas y efectivamente allí encuentra a su hermano, temblroso y triste al lado de la alegría que produce el vino, pero sin saber como gustarla. Cogen las botellas y sin otro incidente vuelven a la habitación, donde Claudina se dedica a las ocupaciones domésticas, mientras Pablo solo, hace saltar el tapón de una botella y empieza a saborear el zumo fermentado de la uva. Verdaderamente es dulce; su boca experimenta una frescura deliciosa; su estómago se tonifica; su cabeza olvida los horrores de la bodega y entrenado por la alegría continúa bebiendo hasta que sus sienes comienzan a sentir peso y sus piernas flojedad. Sin duda es la borrachera quien le aprisiona en su ferocidad y cuando su hermana lo ve, está ya en un estado lamentable.

La conclusión es dolorosa para Claudina que no puede ya evitar el mal producido por su abandono, como lo es para Pablo afectado y enfermo, quien comprende su debilidad al gustar el placer del vino sin el prudente consejo de su hermana.

Esta simple historia podría terminar al estilo de los moralistas anticuados que hacen resaltar el consejo y la virtud al uso. Mas es preferible que ella sea a modo de impulso reflexivo en los niños. Tengan estos presente solamente que cada uno es el padre o la madre de dos hijos inseparables. El corazón que debe latir a todas las grandes emociones; la inteligencia que debe analizar todas las ideas. La cueva o bodega es la vida misma, con todos los placeres, con todos los dolores y con todas las luchas. No haya miedo de entrar en ella cuando se siente fiero el corazón y clara la inteligencia. Que ambos se desarrollen en el sentido de la felicidad marchando siempre unidos, y de este modo, cuando todos los instintos e ideas hayan concurrido al fin primordial de una vida completa, sana y elevada, los goces de la existencia serán gustados armoniosamente, puesto que serán la consecuencia del discernimiento inteligente en la libertad.

M. COSTA ISCAR

El arte y la guerra

No pasa día sin que algún suceso emocionante sacuda nuestros nervios. Hace poco, la hecatombe balcánica, que hoy resurge entre las naciones aliadas al disputarse el botín de guerra; después el crimen del capitán Sánchez; hoy el conflicto de Marruecos.

Crímenes son esos de que la humanidad entera es culpable, y no es extraño observar que seres humanos los sancionen como justos e inevitables.

Avidos de emociones, buscamos la sección dedicada a esta clase de noticias; buscamos la impresión fuerte, inconscientemente, sin darnos cuenta: anhelamos lo terrible, el placer de compadecernos de las víctimas.

Contamos a los que nos escuchan, con algo de deleite, las escenas terroríficas ocurridas en el campo de batalla: el aspecto duro, gozador y egoísta de Sánchez; la carga brillante, audaz, desesperada, temeraria y heroica llevada a cabo por las tropas; el valor de los soldados que, frenéticos, ciegos, jadeantes, sudorosos, con sublimidad épica, avanzaban, diezmando al enemigo, sembrando la muerte, persiguiendo a los que huían, acorralando, destrozando a los que les habían mermado...

Y en la paz bucólica del pueblo, metódica y tranquila, se levantan murmullos de admiración y de protesta, de satisfacción y de dolor.

Un psicólogo podrá advertir en esa parte del pueblo que se admira de esos relatos, en nombre del progreso, el mismo espíritu de aquellos otros pueblos que olfateaban la sangre con deleite desde las gradas de un circo romano.

Los que protestan, confiesan que se aburrían soberanamente, leyendo los desplantes del fatídico Maura, las frases gordas del ministro Moyá Váz juez Mella, las promesas del habilidoso Romanones y los gritos, cambios y evoluciones de los republicanos ambiciosos de mando, pero, que si su aburrimiento ha de ser sacudido por el derramamiento de sangre moza, prefieren que transcurra el tiempo, como hasta ahora, en la indiferencia o pesimismo abrumador.

Estos, se horrorizan ante la sola enunciación de una catástrofe; aquellos, no; propicios a las emociones intensas, desearán que no pase día sin que algún espectáculo relato despierte sus gastados sentidos. Con motivo de la guerra balcánica primero, del crimen de Sánchez después y de las noticias de Marruecos ahora, hemos tenido ocasión de confirmar este aserto. El día que los telegramas no detallan ningún combate sangriento, ninguna desgracia, se muestran contrariados, defraudados.

Si en otros entes, viejos señores y elegantes *cocottes* degenerados, agotados por las orgías y por el vivir de vicios y placeres, para quienes es muy divertido que se bombardeen pueblos, que se vuelen caseríos, que se echen barcos a pique, que los obuses siembren el campo y el mar de cadáveres, que millares de hombres se maten!

¡Ah! Seguirían gustosos a un ejército en operaciones por conocer de cerca las hermosuras de la guerra, por presenciar la belleza de las escenas de los campos de batalla, por impresionarse a la vista de hombres partiendo un brazo, una pierna... la vida... en honor y para honra de su rey o emperador...

A aquellos lectores que les parezca inverosímil esa condición, les remito al siguiente parte telegráfico: «París. Hay grande expectación para asistir al próximo estreno de un drama, en el que se asegura verémos reproducidas finiemente algunas de las batallas más culminantes de la guerra balcánica.»

Debe ser muy artístico presentar en escena la impresión de la muerte, cuando el moribundo tenga el vientre abierto por la metralla; ver en el escenario un poblado ardiendo y a los habitantes pidiendo llamas, entre aullidos de dolor, clavando las uñas en el objeto cercano, mientras su cuerpo se consume como una antorcha, y debe ser muy bello deleitarse a la vista de un semejante que derrama su sangre en nombre de una patria y de una ley inexorables y crueles.

Debemos ver que por encima del arte está, para esas gentes, la patria, y la representación de ese drama en París, es muy conveniente en los actuales momentos, cuando lo mismo Francia que Alemania se preparan para la matanza.

Insistamos sobre este punto.

El artista que haya escrito el drama en cuestión cree, seguramente, haber hecho una obra patriótica, sino artística, o las dos cosas a un tiempo. El, nos pintará un protagonista que se sacrifica por la patria, unos personajes que todos se alegran de asistir a la guerra para matar muchos enemigos, muchos, y unos a otros se aconsejarán que no hay que extremecerse cuando se vea caer al paisano, al

PARÍS AL DÍA

El rosario de las obreras

«Información sobre el trabajo a domicilio en la industria de flores artificiales» se titula un libro que ha empezado a circular por París, y del cual un periódico ha hecho los siguientes extractos:

«Las más míseras de las floristas a domicilio son las que fabrican la florecilla (violeta, narciso, margarita, mimosa, lila). Las primeras de estas flores, como máximum, un franco diario. Cuarenta y nueve por ciento de las obreras ganan menos de un franco por día. En conjunto 10 por 100 solamente ganan de 4 á 5 francos por día fabricando rosas. Veintidós por ciento de las obreras no sufren de paro; todas las demás experimentan sus consecuencias, a veces durante todo año. Cincuenta y dos por ciento de las obreras trabajan, durante la estación, más de diez horas diarias.»

Después de estos datos edificantes, viene la exposición de unos cuantos «casos» para ilustrarlos.

«Una obrera de cuarenta y ocho años, que trabaja desde los doce, sin más recursos que su trabajo, con la salud arruinada por una bronquitis crónica. Gana un franco por día trabajando doce horas.

Una obrera de cincuenta años, que habita un cuarto de 3 francos 50 por semana en un callejón repugnante. Se alimenta de pan (5 céntimos), de carne de caballo (5 céntimos), que hace cocer en una estufa, gastando otros cinco céntimos en grasa. En los días muy fríos se calienta con asserrín, que le dan de limosna.

Madama G..., con seis hijos pequeños, que mantiene Jornal: 1 franco. Trabaja también de noche para tener el tiempo que necesite para hacer sus entregas, porque para ahorrarse los gastos de transporte hace a pie el trayecto del barrio Saint-Eraegean al centro de París y viceversa: total, 8 kilómetros todos los días.

Otra obrera. Edad, sesenta años. Hace una florecilla, muy delicada, para adornar los trajes de «soirées». Gana un franco por día y se alimenta de sopas, exclusivamente. Trabaja hasta las doce de la noche. Trabajando, a veces, se queda dormida. Se despierta y vuelve a la labor.

Madama S..., sesenta y cinco años. Trabaja con dos obreras de su misma edad y tan míseras como ella. La Asistencia pública tiene que socorrerlas. La anciana ha dicho a la señorita Carolina Milvand, informadora de las páginas de este libro:

—¡Lo que se gana es demasiado para morir y no es bastante para vivir!...»

Siguen los casos, muchos más. Siguen las miserias, las tristezas sin nombre. Es un rosario, inacabable, de cuitas. Y estos casos, terribles, y estas lástimas, llorosas, ocurren en el país más rico del mundo, y bajo la forma republicana de igualdad y fraternidad entre pueblos y gentes. El observador no puede menos de preguntarse si es tan rico para cobijar tantas miserias, con la agravante de ser miserias de mujer, a quien todos debemos amparo, consideración y misericordia, y si vale la pena de erigirse en República para no resolver el problema de que puedan las obreras coiner lo que necesitan, como lo comen las vacas, y con la libertad que ellas disfrutan. Otra circunstancia propicia a hacer reflexionar sobre las ironías de la vida es que haya mujeres irónicas como la sufragista Davison, que mueren por recabar el voto electoral, y no las haya aún resueltas a morir porque las obreras venideras, ya que no ellas mismas, tengan derecho a poner a medida de su hambre, a echarse en un lecho que no sea un busurero y a no tener por todo adorno en sus cuatro muros la trágica desnudez del yeso. Hay, sí, que dignificarlas, y no se las dignifica sólo por la mente, sino también por el vientre, de cuyas entrañas salen ayes de penas y desvelos lo mismo que gritos de hambre. La miseria entristece, acobarda y envilece. Aun entre los hombres, pocos son los que siendo míseros se atreven a mirar cara a cara a los fuertes; pocos también los que tienen energías para jugarse el pan antes de aceptar la humillación que trata de imponerle el poderoso.

Yo creo que he cumplido mi deber de hombre y de periodista hablando de esas obreras y de su reivindicación, en vez de hablar, como lo hacen estas revistas, de si madame Ida Rubinstein tiene o no acento extranjero. ¿Qué me importa a mí ese acento?

LUIS BONAFOUX

CRÓNICA CIENTÍFICA

La máquina humana

En la British Association.—Histórico discurso presidencial.—La Vida y la Muerte.—"Ecce Homo...—Matemática del Determinismo: del Odio al Amor.

Desde el olímpico *The Times* hasta el más humilde diario de la provincia, no hay un solo periódico británico que no haya calificado de «epoch-making» el maravilloso discurso presidencial que el gran naturalista inglés doctor Schafer, profesor de fisiología de la Universidad de Edimburgo, ha pronunciado en el último mitin anual de la British Association (el Parlamento cosmopolita de la Ciencia), celebrado en la hermosa ciudad escocesa de Dundee. Nada tiene esto de extraño—como no lo tiene que se haya originado una apasionada discusión—si nos fijamos en que el tema de este discurso era el misterioso problema de la vida.

En realidad, ni el tema ni su desarrollo son cosa nueva en la silla presidencial de la dicta Asociación, donde la doctrina fisicoquímica de la Vida había sido ya defendida por hombres como Tyndall, Huxley y Ray Lankester, escépticos los dos primeros acerca de la posibilidad de producir actualmente la generación espontánea, pero adversarios los tres de las teorías del Vitalicio.

Por cierto que cuando Huxley pronunció su sensacional discurso, en el año 1870, profetizó tiempos más adelantados y más bárbaros: hoy, en la cátedra presidencial se expusieran las mismas ideas, pero no ya de un modo incierto, sino fortaleciéndolas con datos positivos y experimentos concluyentes, y esto es precisamente lo que ha hecho el ilustre profesor Schafer, por cuya razón ha constituido su oración una verdadera novedad, puesto que el orador ha echado mano de todos los progresos recientes de las ciencias para afirmar solemnemente que lo que llamamos Vida proviene de la materia desprovista de ella, y que hasta esas nobles manifestaciones vitales a las que damos los nombres de ideales, inspiraciones, imaginación, no son más que el resultado de acciones y reacciones químicas; que la quintaesencia de la vida celular no tiene una constitución tan compleja como muchos se figuran y en fin que se vislumbra ya el momento en que no sólo unos cuantos operadores hábiles, si que también los más modestos manipuladores, podrán realizar en el laboratorio la síntesis de las substancias vivas, tal como la realizó la Naturaleza, hace miles de siglos, en el fantástico laboratorio de la Tierra.

Así como los discursos de los anteriores presidentes que tales ideas expresaron fueron acogidos con murmullos y hostilidad casi universal, el de este año ha sido saludado con aplausos atronadores de los doctos congresistas y apoyados sus conceptos por la casi totalidad de los sabios que han intervenido en la acalorada discusión del grandioso problema. Tanto es así, que uno de los diarios que, guiado por escrúpulos religiosos, ha combatido con mayor presteza las ideas vertidas conclusiones del presidente, el *Daily News*, ha dicho textualmente: «Debemos confesar que en este duelo sensacional entre vitalistas y mecanistas, estos últimos han llevado la mejor parte.»

Muchos años pueden transcurrir sin que el problema esté definitivamente resuelto, y es posible que esta lucha titánica se prolongue indefinidamente, pero conste que nunca se había visto antes del famoso discurso presidencial del doctor Schafer y de otros muchos que se han pronunciado con este motivo y que han asestado tan terrible estocada a la vieja teoría del Vitalismo, esa fácil de ver que en los libros, en las revistas, y sobre todo en los laboratorios, han ido ganando terreno las teorías mecanistas a pesar del alcance que se ha querido dar al famoso experimento de Louis Pasteur, quien no hizo más que demostrar que cierto experimento del gran físico francés Pouchet, al parecer favorable a la teoría de la generación espontánea, lo realizó el sabio francés en muy malas condiciones, careciendo por tanto de los resultados obtenidos, en lo referente a la esencia misma del problema, los discípulos de Pasteur, de acuerdo con el criterio de su ilustre maestro, han querido dar a un experimento aislado una generalización tan vasta, que han llegado a dar al carácter de dogma al principio arbitrario del *vivum ex vivo*, y a declarar solemnemente que la síntesis de los organismos dotados de vida no se realizará jamás en el laboratorio del hombre, y que tampoco se ha realizado anteriormente en el laboratorio de la Naturaleza.

Pero esta profecía no tiene más valor que otra que hizo el mismo Pasteur cuando afirmó que jamás podría el hombre realizar la síntesis de las substancias capaces de polarizar la luz, síntesis que es actualmente una operación corriente en los laboratorios de química.

Ha podido observarse que los verdaderos sabios que «conocen que se ignora» en este problema son ahora enemigos del principio vital, tanto si pertenecen a la escuela de los biologistas sintéticos fundada por Stéphane Leduc—cuyo objeto es la reproducción aislada de ciertos fenómenos de la vida elemental para luego agruparlas a fin de obtener manifestaciones vitales más complejas—o bien a la escuela plasmogénica creada por el sabio mexicano Alfonso Herrera, la cual tiende a imitar, por medio de reactivos químicos, las formas y la estructura de los organismos.

A los experimentos maravillosos del profesor Herrera, de Stéphane Leduc y del doctor Charlton Bastian, hay que agregar los verificados por una pléyade de jóvenes y entusiastas naturalistas, entre los cuales es preciso citar a los hermanos Albert y Alexandre Mary, quienes han preparado células microscópicas artificiales sembrando polvos de sulfato ferroso en una solución de ferrocianuro potásico y de sulfato amónico.

Precisamente, acaban los hermanos Mary de comunicarme el resultado sensacional de sus experimentos sobre la síntesis del bacilo Koch, que resulta ser sencillamente un grupo moniliforme de tagmas producidas por un fenómeno secundario de precipitación química, el cual puede reproducirse artificialmente con sólo tratar a tubercilina por el glicerofosfato sódico. No se equivoco, pues. Herrera natural afirmó que todos los fenómenos vitales tienen por causa las fuerzas físico-químicas conocidas, ni tampoco el insigne Victor Delfine cuando escribió que no hay antagonismo entre una hipótesis inorgánica de la actividad química de la célula y la teoría que requiere la intervención de albúminas inestables, pues ellas ejercerían sus funciones físico-químicas en complejas asociaciones sílico-salinas orgánicas.

El gran naturalista ingléis Joseph Mac Cabe, un ex-fraile como lo fué también Giordano Bruno—quando vivo tanto por su teoría física de la vida como por sus ideas astronómicas—ha demostrado, en una obra publicada que le ha valido el título de Haeckel británico, que en el estado actual de la ciencia es ridículo pretender que los fenómenos vitales no pueden explicarse de un modo satisfactorio por las leyes de la física, de la química y de la mecánica.

En realidad, solo quedan en presencia tres hipótesis de la Vida. Primera, la de la Creación, que se halla en pugna con la Ciencia, puesto que esta busca una explicación natural del problema, mientras que dicha teoría nos ofrece una solución extra-natural sin datos que la apoyen ni experimentos que la confirmen.

La segunda hipótesis, la que propuso el gran matemático y filósofo lord Kalvin, apellidado el Newton moderno, supone que los primeros organismos vivos de nuestro planeta nos fueron traídos por un meteorito procedente de otro mundo. Esta suposición, además de ser fantástica y difícil de compaginar con las condiciones probables de los espacios interplanetarios, no salva ninguna dificultad, puesto que si suponemos que la vida surgió espontáneamente en el mundo que se dignó enviarnos el germen vital envuelto en un meteorito, también podemos suponer que surgió en el nuestro durante una de las fases de su evolución.

La tercera es la de la generación espontánea. Según esta teoría, la Vida se originó en nuestro planeta cuando éste reunió las condiciones necesarias para su producción. Pero muchos partidarios de esta doctrina—y su número aumenta día—creen que no sólo se originó la vida en aquella época remota, sino que siguen surgiendo innumerables organismos microscópicos vitales, y hasta que se pueden crear algunos artificialmente por síntesis, y esta doctrina es la que han defendido en la British Association, no sólo el presidente Schafer, sino la inmensa mayoría de los sabios que han intervenido en los ruidosos debates de aquel Parlamento de la Ciencia.

Hay además de estas tres escuelas, otra que considera la Vida como una manifestación universal de la materia y de la energía, descollando entre ellos el venerable profesor francés León de Rosny, presidente de la «Alliance Scientifique Universelle», y el insigne doctor Jules Félix, antiguo rector de la Universidad de Bruselas y fundador del Instituto Internacional de Plasmología y Biomecánica. El doctor Félix no ve en las manifestaciones vitales más que resultado de la actividad fisicoquímica del protoplasma; y considerando además que todo lo existente en el Universo nace, vive, crece y muere para transformarse en ese protoplasma del infinito que se llama Eter, no ve en la muerte otra cosa que la transformación de todos los seres, cuyas formas son efímeras en la eternidad, acabando el doctor por plantear esta consoladora y sublime paradoja: *La mort, c' est l' immortalité.*

⁂

En el mitin de la British Association, se ha observado este año que casi todos los presidentes de las distintas secciones han insistido, en alguna parte de su discurso, lo propio que el profesor Schafer al finalizar el suyo, en la necesidad de tener presente el aspecto físico-químico-mecánico del cuerpo humano cada vez que se trate de resolver un problema social: el profesor Keeble en la Sección Botánica, sir Henry Cunningham en la Sección Económica, el doctor Chalmers en la Zoológica, y el profesor Elliot Smith en la Antropológica, habiendo llegado este último a declarar que un nuevo ambiente puede producir cambios casi inmediatos en los caracteres físicos del cuerpo humano.

Pocos semanas antes, en el Congreso de Generación (Eugenic), su presidente, el comandante Leonard Darwin, empezó su notable discurso afirmando que los dos grandes factores de nuestra vida son la herencia y el ambiente.

¡Pobres de nosotros! En manos de esos sabios quedamos reducidos a la condición de máquinas en lo referente a nuestras energías, y a la de almacenes de productos químicos en lo que se refiere a nuestra constitución. Un fisiólogo distinguido ha llevado la crueldad hasta recordarnos que el cuerpo de un hombre de mediana estatura contiene los elementos necesarios para formar cien docenas de huevos; bastante gas para llenar un gasómetro de tres mil pies cúbicos, hierro suficiente para fabricar cuatro clavos de gran tamaño, grasa para ochenta bujías y seis pastillas de jabón, fosfatos para proporcionar el fósforo de ocho mil cajas de cerill